

Eleos

Moira T. Serradil

Image not found.

Capítulo 1

DEDICATORIA

*A todas las personas a las que,
con mis actitudes egoístas,
causé dolores que no puedo curar del todo;
en especial a mi madre,
en especial a mi hermano;
pero también a mi Un Par,
a quien tanto quise,
porque conocerlo a él
fue un poco conocerme a mí misma.*

Capítulo 2

PRELUDIO

“Porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos.”

Oseas 6:6

Capítulo 3

PRIMERA ENTRADA: LABERINTHOS

Sabía que no iba a morir.

La cabeza le pesaba sobre la almohada, como si estuviera llena de plomo, lo cual le impedía incorporarse en el lecho y pensar con claridad. El tiempo parecía pasar de una manera extraña, puesto que no estaba demasiado segura de si, al fin, había conseguido dormir o no. Sin embargo, había un frutero a su lado que no recordaba haber visto al acostarse, de modo que lo más seguro era que, de alguna manera, hubiera caído en algún momento en un sueño ligero. Sus doncellas le habían pedido varias veces que comiera un poco; y ella lo había intentado. Pero el pan blanco le había sabido a cenizas, y el vino dulce le había quemado la garganta con el primer sorbo. Su cuerpo necesitaba nutrirse, lo sabía, y reclamaba el sustento. Pero su estómago parecía negarse a aceptar las deliciosas viandas que se preparaban para ella.

¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Quiénes eran sus padres, sus hermanos, sus amigos? ¿Qué aspecto tenía? No lo sabía. Si sus padres y hermanos entrasen en aquel mismo momento por la puerta de la habitación, intentaría huir de ellos por instinto; y si alguien le trajera un espejo, sería incapaz de reconocerse en él.

No, no había perdido la memoria. Si encontraba las fuerzas que empezaban a faltarle podía recordar los días de invierno que había pasado mirando por la ventana, leyendo en la biblioteca o tejiendo y bordando junto a la chimenea de su habitación; las primaveras y los otoños de olores fragantes en los jardines después de la lluvia refrescante y vivificadora y las largas cabalgatas de verano por los campos. Sabía que había participado en batallas terribles y gloriosas para defender las tierras y el nombre de su familia, que había cantado y bailado en las fiestas en la corte, que había lucido hermosos vestidos y joyas relucientes dignos de una reina. Sabía que había reído y llorado, que había soñado, que había amado.

Pero todo se había esfumado en el aire como si fuera humo, o más bien había sido devorado por la oscuridad infinita que se propagaba por su alma, amenazando con aniquilar todo lo que alguna vez había sido. Tal vez ya había sucedido; y por eso ahora sólo podía sentir aquel dolor insoportable. Una espada de hielo que quemaba como el Infierno le atravesaba el pecho, le desgarraba lentamente el corazón.

Paradójicamente, aquella era la única parte de su cuerpo que aún sentía

como suya; y el dolor era insoportable, enloquecedor.

Y, sin embargo, sabía que no iba a morir.

Ahora, sus últimos recuerdos desfilaban por su memoria. Por desgracia, aquellos eran los únicos que aquel Abismo infinito no parecía poder tragarse.

¿Por qué había hecho aquello? ¿Por orgullo? ¿Por egoísmo? No lo sabía. Y, sin embargo, lo había hecho.

Apenas cometido el atroz crimen, algo dentro de su corazón se heló y murió como una flor bajo un viento helado, y con cada pétalo de su rosa blanca que caía en el vacío su corazón languidecía bajo el peso que caía lentamente sobre él. Entonces sintió la gélida estocada, y el dolor se extendió por su pecho como una ola de fuego líquido que lo quemaba todo a su paso.

No pudo siquiera soportar la visión de sus hombres: colocó a su segundo al mando, se cubrió con una amplia capa oscura y partió al galope en la noche, sin rumbo ni guía. Hasta que las luces aceradas del alba no despuntaron sobre las montañas de su tierra no se percató de que estaba volviendo a casa.

Fue recibida amorosamente por sus doncellas, que le ofrecieron un desayuno abundante, un baño caliente y un lecho blando de sábanas ligeras; pero su sincera solicitud despertaba en ella una suerte de pavor, etéreo como un velo de sombras, indefinido, pero más suyo que su propio corazón. La armadura heredada de sus antepasadas le quemaba la piel, como rechazando a aquella criatura que la había deshonrado, y su espada parecía tratar de huir del cinto que ceñía su talle para escapar de aquel monstruo que aún osaba empuñarla. Le faltó tiempo para ganar su habitación, despachar a las doncellas y quedarse a solas. Y en la tibia penumbra del amanecer, se despojó rápidamente de la armadura, de la espada y de sus costosas ropas y las arrojó lejos de sí.

Y así, completamente desnuda, blanca como el mármol, como había venido al mundo, se deslizó entre las sábanas frías y se abandonó a las tinieblas que la habían estado acechando desde su propia alma.

Al despertar, ya no recordaba quién era, ni de dónde venía.

¿Cuánto tiempo había pasado en aquel estado, durmiendo sin dormir, pensando sin pensar y muriendo sin morir? ¿Horas? ¿Días? Aterrorizada, se había negado a recibir a sus padres y a sus hermanos; y su cuerpo se debilitaba cada vez más. Hasta el dolor se iba volviendo cada vez más

sordo, como si su cuerpo se estuviera acostumbrando a él.

Y, de pronto, algo vibró dentro de ella otra vez.

Unos pasos familiares se acercaban por el pasillo hacia su habitación. Eran unos pasos majestuosos, poderosos; y el sonido hizo que su corazón latiera de nuevo, porque su alma moribunda le decía, temblando de miedo, que se acercaba el momento de su liberación. Reuniendo las escasas fuerzas que le quedaban, se preparó mentalmente para lo que iba a ocurrir.

Entonces el rey entró en la alcoba.

Él ya sabía que la encontraría despierta, porque no se sorprendió al verla. Pero la mirada de decepción y tristeza que había en sus ojos fue una nueva estocada de fondo de la fría hoja que le atravesaba el pecho. Quería apartar la vista para rehuirla; pero sabía que no debía.

Así que le sostuvo la mirada, mientras sentía que el corazón le quemaba de dolor a cada latido.

— Sabes que el castigo para tu delito es la muerte ¿Verdad?

— Sí, señor.

La voz se escapó entre sus labios con un hilo de aire, pero sonó firme. Era la voz del soldado que sabe que ha obrado mal y acepta su castigo. El rey escudriñó su rostro: él sabía que ella temía a la muerte.

— He deshonrado a mi familia, a vos y a mí misma —continuó ella—. Prefiero cualquier cosa a vivir con esta deshonra... con este dolor horrible ¡Ojalá nunca lo hubiera hecho! Pero lo hice, y ahora estoy al límite de mi propia alma y no soporto vivir en mi propio cuerpo.

—Lo sé —contestó el rey, con pesadumbre—. Y porque veo que estás sinceramente arrepentida de tus actos, te perdono. Que todo sea como si este horrendo crimen nunca se hubiera cometido.

Aquellas palabras cayeron en su mente como la lluvia fresca sobre tierra estéril tras años de sequía, y su alma pareció revivir al oírlas. Sin poder evitarlo, rompió a llorar amargamente. Lloró desconsoladamente hasta que las lágrimas empaparon la almohada, mientras el rey continuaba a su lado, en silencio, mirándola con dulzura.

— ¡Ay! Demasiado bien te conozco. Aunque te cubriese de oro y gloria y llamase amiga y hermana ante toda la corte, cargarás con el peso de tus actos durante el resto de tu vida. Y te faltan las fuerzas para llevarlo a la espalda. Pero no puedes vivir así: aunque el peso de lo que has hecho te

derrumbe, debes poder levantarte. De lo contrario, de poco te servirá el perdón real.

Hubo un silencio interrogante, y luego el rey volvió a hablar.

— Creo que ha llegado la hora de que visites el Laberinto.

La joven se estremeció al oír aquel nombre. No porque aquello fuera un castigo, puesto que todos los siervos del rey tenían que someterse a aquella prueba al menos una vez en su vida, y ella ya tenía la edad requerida para ello. Pero había esperado poder decidir ella misma cuándo realizarla. Su señor pareció leer sus pensamientos.

— La mayoría de quienes entran en el Laberinto, por primera o por última vez, lo hacen precisamente en las mismas condiciones que tú, empujados por las circunstancias. Nadie sabe nunca si está realmente preparado para someterse a la Prueba; y aunque yo lo estaba también tuve miedo. Pero recuerda que si sigues a tu corazón y conservas el ánimo firme no tendrás nada que temer.

Ella respiró hondo y meditó aquellas palabras durante unos instantes. Podía rechazarla, por supuesto. Podía intentarlo en otro momento, cuando se sintiera realmente preparada. Pero algo le decía que nunca estaría tan preparada como en ese momento.

— Acepto la prueba del Laberinto, señor.

El rey sonrió.

— ¡Muy bien! Entonces, adelante. No desfallezcas. Busca la Puerta: yo te espero al otro lado.

En ese momento, la joven sintió que una mano poderosa le arrancaba la espada de hielo quemante del pecho, y que el corazón se le paraba durante unos instantes. Se desplomó por completo sobre la almohada empapada. Una última oleada de dolor la sacudió por dentro, aturdiéndola, precipitándola hacia la oscuridad.

Y caía. Y caía. Y caía.

*

*

*

No sé cómo he llegado hasta aquí. Ni siquiera sé dónde estoy. Muchas gentes se han preguntado qué es exactamente el Laberinto, para qué sirve, dónde está e incluso si existe en realidad. Nuestras leyendas sostienen que fue construido hace eones, cuando el mundo aún no era como lo conocemos nosotros, bajo los cimientos mismos de la Tierra, y que es la frontera entre el Mundo de los Vivos y el de los Muertos. Yo no

sé si son ciertas; lo único que sé ahora mismo es que estoy sola en esta inmensa oscuridad solamente quebrada por la luz de las antorchas, que comparadas con el tamaño real de este laberinto son como pequeñas hormigas luminosas. Estoy perdida en medio de esta inmensidad de pasillos y salas de piedra fría (kilómetros y kilómetros de columnas, arcos y bóvedas que se pierden en las alturas), vestida solamente con un vestido fino y ligero y armada sólo con una espada larga y un escudo. No necesito mi armadura, porque nada puede defenderme de los peligros que voy a encontrar aquí.

En mis ratos de sueño, al cerrar los ojos, puedo ver mi cuerpo mortal descansando en mi lecho, allá arriba, en mi casa. La única manera de regresar es que el rey me ordene volver o encontrar la Puerta.

Tengo miedo; mucho, mucho miedo.

Pero es algo que tengo que hacer: recorrer este Laberinto, luchar contra los monstruos que me acecharán por el camino y encontrar la Puerta. Es la única manera de volver a recuperarme a mí misma; ser digna de ser quién soy y poder volver a casa con la frente alta. Podré volver a reír, a llorar, a soñar, a amar. Podré volver a mirar a los ojos a mis seres queridos, a cantar y a bailar en las fiestas de la corte, a pasear por los jardines refrescados por la lluvia suave, a cabalgar en los campos en las largas tardes de verano... a depositar mi espada a los pies de mi rey.

Capítulo 4

SEGUNDA ENTRADA: AMPHISBERNA

Aún estaba temblando. Tenía el cuerpo empapado en sudor y el rostro en lágrimas; y estaba mortalmente pálida. Pero volvía a ver con claridad, a oír a su alrededor el canto de los pájaros. Ya no sentía la amargura aflorar a sus labios. Seguía sintiéndose enferma, pero había dejado de esperar la muerte.

El rey puso en sus manos un gran cáliz de plata lleno de un líquido caliente y aromático; que ella bebió con avidez. Luego soltó la copa en la mesilla de noche. La sensación de mareo y los escalofríos empezaron a remitir.

— Gracias.

— No hay de qué. Ha sido una dura batalla.

Ella volvió a notar en la boca aquel sabor acre, y la garra de la angustia le oprimió el corazón.

— Ha sido espantoso —gimió—. Estaba llegando a una zona de túneles diferente, en la que nunca había estado. Sé que es difícil distinguirlos unos de otros, pero yo presentía que nunca había estado allí. Y de pronto empecé a sentirme mal, y me encontré... algo. Una especie de bestia. Ya no recuerdo nada más.

— Conozco al ser del que me estás hablando —dijo el rey, asintiendo—. Es uno de los poderes negativos que prima en el Laberinto; y forma parte de su esencia misma, pues fueron creados al mismo tiempo. Yo mismo luché contra él y conseguí mandarlo de vuelta a los Infiernos; pero siempre regresa. A Dios gracias, eres fuerte; y el veneno no ha podido matarte. A partir de ahora, depende de ti que no vuelvas a sucumbir a él.

La joven guerrera sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas sin razón aparente. Compasivo, el rey la miró con ternura: sabía que aquella dama era fuerte y orgullosa, pero tenía la virtud de estar dispuesta a admitir sus equivocaciones y rectificar sus errores.

—No todo está perdido, amiga mía. Es una cuestión de fe. Tus padres han vencido varias veces a esa criatura.

— ¿Cómo? —preguntó ella—. La simple visión de ese ser es insoportable para la mente. Y ese veneno... ni siquiera sé cuándo me lo lanzó. Mis

padres también son hombres de mi misma condición.

— El veneno está relacionado con ese ser; pero no lo produce él. Es una ponzoña latente que puede permanecer dentro del cuerpo durante años y manifestarse de pronto debido a una reacción con el estímulo adecuado. En cuanto a la criatura, no se necesita ser otra cosa que un hombre para derrotar a los demonios del laberinto. Es cuestión de tener un arma adecuada. El arma adecuada. Ahora ¿Por qué no regresas al Laberinto? Pero ahora llévate lo que tienes guardado en el pequeño joyero que guardas en ese cajón.

La dama dio un respingo. Ante la mirada severa del rey, vacilante, abrió el cajón de su mesilla de noche y sacó un pequeño cofre de madera labrada. Lo abrió cuidadosamente.

En su interior había una extraña y valiosa joya, una pequeña pieza de ámbar dorado envuelto en una sutil malla de arabescos labrados en oro con un finísimo cordón para llevarla al cuello.

Miró a su señor, indecisa. Este le hizo un gesto, invitándola a ponérselo.

— El Sello Real... —susurró ella, acariciándolo con la punta de los dedos—. Nunca me he atrevido a ponérmelo ¡Es tan hermoso, tan frágil! ¡Y me da tanto miedo que se me rompa o se me pierda!

— Pero yo te lo di cuando entraste a mi servicio, al igual que a todos mis vasallos —señaló el rey. Y añadió—. Y te lo di para que lo utilizaras, no para que lo guardaras en un cajón.

Compungida, calló durante unos instantes antes de volver a mirar a su rey.

— No estoy segura de saber utilizarlo, señor. Tengo miedo de hacerlo mal. Yo no soy ni seré nunca tan sabia como vos, tal vez ni como mis padres.

Él sonrió bondadosamente, como si llevara bastante rato esperando a que formulase aquella objeción.

— Todo el mundo debe usarlo alguna vez en su vida. Y toda criatura que esté a mi servicio lo ha usado, lo usa o lo usará. El Laberinto es una lucha constante: perderás, vencerás... es ley de vida. Vivir es arriesgar; y, como humanos, elegir es al mismo tiempo nuestro derecho inalienable y nuestra continua obligación. Todo depende de las decisiones que uno toma.

Ella permanecía en silencio, sujetando la joya con cuidado, jugueteando con el cordón de oro. Tal vez fuera un poder extraño de la piedra o alguna magia misteriosa que la envolviera, pero el Sello parecía desprender un calor suave y constante.

— Es un dije poco común, aún a simple vista —comentó, pensativa—. Pero no comprendo cómo es posible que esto me ayude a vencer a los demonios del Laberinto.

—Oh, eso no se puede explicar —contestó el rey, lacónico—. Sólo puede averiguarlo uno mismo. Y, para responder a tu pregunta, sí: sólo con el Sello podrás derrotar a la bestia que te ha vencido esta vez. Y su poder puede neutralizar por completo el veneno que llevas ahora mismo en la sangre. No puedes pasar toda tu vida vagando por los corredores que ya conoces, si no avanzas nunca encontrarás la Puerta.

La doncella dudó unos instantes más. Lo cierto es que le preocupaba bastante volver a dar con esa criatura, y ese segundo encuentro parecía casi inevitable. No obstante, el rey era un hombre justo y sincero, y nunca daba órdenes ni ponía misiones imposibles de cumplir. Además, sabía que sus propios padres ya lo habían logrado; y el calor de la joya era reconfortante como el sol de la mañana tras una noche larga y fría.

Sin volver a pensárselo dos veces, se puso el sutil cordón entorno al cuello; y el rey le dirigió una amplia sonrisa mientras se tumbaba de nuevo y cerraba los ojos.

— Buena suerte esta vez, amiga mía.

Pero ella ya tenía dificultades para oírle. El sueño la arrastraba con cadenas de acero una vez más, y su alma ya descendía de nuevo hacia la oscuridad.

* * *

He regresado.

Aún tengo los ojos cerrados, pero es imposible no reconocer este escalofrío que me indica que hay seres a mi alrededor que mis ojos de mujer mortal no pueden ver.

Y al abrirlos me doy cuenta de que, en efecto, he regresado al Laberinto.

Como la primera vez que vine, estoy completamente sola en un corredor de piedra, que se pierde en la oscuridad en todas las direcciones en las que puedo mirar, vestida con el sencillo vestido blanco que llevaba el día de mi investidura y sin más arma que una espada ni más defensa que un escudo, y sin más adorno que el Sello Real.

A mi espalda hay un pasillo largo y estrecho que debo de haber cruzado en algún momento; pero no sé a dónde lleva ahora ni lo sabré nunca. Esa es la primera norma no escrita que rige el Laberinto: no se puede volver atrás. Es una de las condiciones más duras, porque uno nunca podrá

llegar a saber qué hubiera sucedido si hubiera aparecido en cualquier otro punto del Laberinto; y, por más kilómetros de oscuridad que se recorran, nunca puede llegar a conocerse del todo: es como si las paredes estuvieran vivas, y los pasillos parecen cambiar cada vez que uno sale de ellos, de manera que aunque se pudiera volver atrás no se podría regresar a las estancias en las que uno ha estado. A veces pueden cambiar incluso cuando uno está en ellos; aunque, por supuesto, yo nunca los he visto cambiar. He conocido a personas que aseguran que ellas sí lo han visto, pero ni siquiera ellas han conseguido explicarme cómo sucede. Debe de ser un espectáculo verdaderamente singular.

Sin embargo, a pesar de los cambios, en estos pasillos hay un algo que me resulta familiar, una nota especial en el aire que me resulta conocida; de modo que supongo que ya he estado aquí antes de que cambiaran. Y lo cierto es que eso me tranquiliza, porque significa que, aunque es más que probable que vuelva a encontrarme con ese monstruo, el enfrentamiento no va a producirse en seguida. Pero también es verdad que no tengo demasiadas garantías. Creo que la última vez que bajé estuve una semana vagando por estos pasillos; pero el tiempo pasa de manera un poco extraña en este Laberinto, y no hay ningún dispositivo para medirlo, así que no lo sé con certeza.

Pero bueno: no por quedarme aquí plantada mirando hacia el pasillo vacío que se extiende ante mí voy a retrasar mi encuentro con ese ser. Normalmente, cuando uno no va al encuentro de los problemas son ellos los que vienen al encuentro de uno; y en este lugar uno nunca está realmente a salvo, excepto mientras duerme. Y, aún entonces, no siempre: también hay criaturas que acechan durante el sueño. Aunque también es verdad que son las menos dañinas, porque suele bastar despertarse para ponerlas en fuga. Sí, los moradores del Laberinto también son raros.

Pero me estoy desviando. Lo que importa, al menos por ahora, es que estoy aquí otra vez, exactamente igual que la primera vez que entré; y que la única diferencia es que ahora llevo puesto el Sello Real, distintivo de todos los que servimos al rey. Es la primera vez que, llevando sólo una joya con un simple vestido de gasa blanca, me siento engalanada como para asistir a una boda; y a muchas personas les resulta extraño que un rey le regale una joya como esta al más pobre de los campesinos simplemente por entrar a su servicio. Personalmente, yo me siento más que halagada por haber recibido el Sello Real, pero también bastante cohibida; y no sólo porque el simple hecho de que el rey lo otorgue es símbolo de gran estima por su parte, sino también por la joya en sí. Como dama de la nobleza he visto muchas cosas bellas, pero ninguna es tan hermosa como este dije: da la impresión de que bastará con tocarlo para que se deshaga entre los dedos, como cuando se intenta tocar un sueño. Y, sin embargo, por lo que el rey mismo nos ha contado, no existe poder humano que pueda romperlo; y además posee extrañas virtudes (como,

por ejemplo, los poderes que lo convierten en arma para vencer a los demonios del Laberinto, si bien no tengo ni idea de cuáles son). Y es bastante difícil no creer al rey cuando, aún con sólo llevarlo al cuello, se puede sentir el poder que encierra, un poder quemante como el fuego... un poder que, bien usado, según dicen quienes ya han recurrido a él, no tiene más límites que los que uno mismo le ponga.

Pues sí. Como el Laberinto, la Joya también es especial.

Siento cómo me voy adentrando cada vez más en este Laberinto. Quien nunca ha estado en una mazmorra profunda ni subido a una torre alta tal vez no sepa imaginarse esta sensación tan extraña: no sólo se puede sentir el peso del aire sobre la cabeza, también se puede sentir cómo el centro de gravedad del cuerpo se acerca al de la Tierra. ¿Una ilusión? Es posible. Pero, real o imaginaria, es una sensación inquietante. No obstante, sigue siendo un fenómeno meramente físico, de modo que todo es cuestión de acostumbrarse a él.

Pasillos y más pasillos se extienden en todas las direcciones; unos más altos, otros más anchos, unos más luminosos y otros menos. Intento evitar los más estrechos y oscuros; pero a veces no queda más remedio que hacer de tripas corazón y aventurarse a cruzar uno. No existen palabras para describir esa sensación; aunque es aún peor cuando el más estrecho de los pasillos que uno puede imaginar resulta ser un callejón sin salida.

Ahora mismo acabo de llegar a una bifurcación: tres caminos se separan al final de este pasillo más o menos recto iluminado con antorchas. El camino que hay al frente es ancho y luminoso; y por eso no necesito asomarme demasiado para darme cuenta de que no tiene salida. El que hay a mi derecha es tan estrecho y oscuro que el simple hecho de mirarlo hace que casi me dé un ataque de claustrofobia; y, además, o es largo y sinuoso o no tiene salida tampoco, porque no se puede ver ni una chispa de luz al otro lado. Así que, como no me apetece demasiado tener que echarme a dormir ahí dentro, prefiero descartarlo también; y tomo el camino de la izquierda, que tiene un aspecto bastante corriente.

Pero apenas me adentro una decena de metros, me doy cuenta de que he cometido un error. A medida que avanzo, empiezo a encontrarme antorchas apagadas, cada vez más; de modo que el túnel empieza a oscurecerse progresivamente, hasta que llego a un tramo donde no hay ni el más mínimo rastro de luz. En el Laberinto, los cambios de este tipo son una pésima señal; y empiezo a temer que este no va a ser una excepción.

Desde el fondo de esta gruta sale una especie de corriente de aire frío, la temperatura parece descender a cada paso que doy... y... sí... ¡Al fondo puedo presentir una presencia maligna que impregna esta oscuridad

palpable! El corazón se me acelera, y un sabor amargo se me sube a la boca: no necesito ver a ese ser para saber qué es.

De pronto aparecen dos destellos gemelos flotando en la oscuridad, sanguinolentos, brillando en el fondo invisible del corredor. Me quedo paralizada durante unos instantes al verlos, y el monstruo aprovecha esos segundos preciosos para abalanzarse sobre mí.

Levanto la espada instintivamente, y una lluvia fría me empapa las ropas. Un gorgoteo hace eco en el corredor: al parecer, el strigoi (así se llaman esas cosas) no ha visto la espada y se ha ensartado él mismo en ella. Ha debido atravesarse el corazón, porque el cuerpo se ha desintegrado, y la sangre también. Estoy momentáneamente a salvo; y no sé si preguntarme qué habré hecho para merecer mi buena suerte o empezar a preocuparme de verdad: estos seres temen al fuego, por eso proliferan en los pasillos más oscuros y fríos; y además son especialmente vengativos, y tienen la costumbre de atacar en grupo. Si he tenido que acabar con uno aquí, lo más seguro es que dentro de poco tenga que enfrentarme a muchos más en este mismo lugar.

Intento avanzar más, pero unos metros más adelante palpo un muro de piedra en la oscuridad. Ya no me cabe duda: estoy atrapada entre el fondo de un túnel negro como la pez y una jauría de demonios hematófagos. Creo que mi duda ya está resuelta: es el momento de preocuparse de verdad. Me planteo durante unos minutos la idea de dar media vuelta; pero no creo que merezca la pena: no sólo me arriesgo a no encontrar la Puerta jamás; también, es posible que lo único que consiga sea encontrarme de frente con esos monstruos, aunque el túnel no haya cambiado mientras he estado dentro de él.

Al final, decido sentarme en el suelo, al lado del muro, haciendo el menor ruido posible, mientras espero a que el pasillo cambie y me deje pasar. Tal vez debería encender una antorcha; delataría mi posición, pero mantendría a los monstruos alejados.

Pero no hace falta. La temperatura está subiendo, y el muro de piedra que tengo al lado es absorbido por las paredes del corredor: un nuevo pasillo se abre ante mí. No es un pasillo largo, y con cada curva que doblo me encuentro con más antorchas encendidas. Es un poco extraño, porque los recodos del pasillo hacen que tenga la impresión de estar dando una vuelta sobre un punto en concreto. Y no me equivoco: al final, el extraño callejón desemboca en un pasillo más ancho que me resulta familiar. ¡Y cuando me doy la vuelta para mirar a mi alrededor me doy cuenta de que estoy en la encrucijada por la que acababa de pasar!

El pasillo más ancho sigue sin tener salida; así que no me queda sino adentrarme en el estrecho pasaje que antes había descartado. Pienso en quedarme aquí a pasar la noche, con la esperanza de que el pasillo vuelva a cambiar, pero no es prudente: aún no es seguro que los compañeros de caza del strigoi con que me he encontrado en el corredor no vayan a venir a por mí.

No me queda más remedio que resignarme y probar suerte.

No existen palabras para describir la sensación de angustia que se siente en ese momento en que un caminante se adentra en una senda especialmente estrecha, sobre

todo si no se ve el final. Imaginaos un túnel alto, tan alto que no se podría ver el techo ni aun cuando las antorchas que deberían alumbrarlo están colgadas lejos del alcance de la mano de una persona alta; y tan estrecho que, de ser el caminante uno o dos centímetros más ancho, no podría pasar. Yo tengo que apoyar la espalda en la pared y avanzar de lado, flexionando apenas las rodillas y sintiendo como mi aliento se estrella contra la pared de enfrente.

Los primeros metros son medianamente soportables, porque aún llega la luz del pasillo principal; pero a medida que me voy adentrando me voy alejando de las antorchas, y empiezo a sentirme angustiada. También hace cada vez más frío. No sé cuánto tardo en cruzar el túnel, pero puedo decir sin temor a equivocarme que pocas veces he estado y estaré en situaciones más perturbadoras e inquietantes: en el último tramo reina una oscuridad total, y tengo que avanzar palpando el camino en medio de esta nada viscosa y gélida que se va colando poco a poco en mi mente, hasta casi hacerme olvidar cómo es la luz. Más de una vez creo notar que la pared a mi espalda o frente a mí desaparece para luego descubrir que se trata sólo de un recodo del túnel; y con cada sobresalto empieza a hacerse cada vez más fuerte el miedo a que aparezca un morador del Laberinto en mi camino, cuando ni siquiera tengo espacio para sacar la espada de la vaina o interponer el escudo. Un acceso de claustrofobia. La angustia me paraliza, la sensación de encierro casi me hace perder el juicio. Pero no puedo detenerme, eso sólo serviría para empeorar mi situación, así que avanzo... avanzo... avanzo... hasta que, por fin, veo un poco de luz delante de mí.

El pasillo desemboca en una amplia sala, en la que confluyen tres caminos: el que yo acabo de atravesar, uno a penas más ancho, en dirección al norte, completamente a oscuras, y otro más ancho y luminoso, que va hacia el oeste. Aunque, a decir verdad, no puedo hablar de puntos cardinales en un sitio como este.

Lo cierto es que el tamaño de la estancia es tranquilizador, porque es lo suficientemente grande como para no sentirse encerrado y lo suficientemente mediana como para poder abarcarla de un solo vistazo. En una de las esquinas hay un manantial, al lado del cual ha crecido un pequeño melocotonero.

Pues sí, lo habéis adivinado: el Laberinto puede parecer una trampa mortal, pero provee al que lo atraviesa de lo que requieren sus necesidades básicas. Cuando alguien ve cosas de este tipo tiende a preguntarse quién diseñó este lugar y para qué. Por supuesto, cada vez que el tema sale en una conversación uno acaba escuchando de todo: pruebas de valor, de resistencia o de fuerza, castigo para criminales impenitentes, ordalía para condenados a muerte... yo siempre he pensado que esto último era una exageración, pero lo cierto es que tampoco he estado demasiado segura. Algunas de las personas que

se han internado antes que yo aseguran que, en realidad, la mayoría de las personas pueden llegar a pasar varias décadas intentando encontrar la Puerta; y que algunas que han visto el fin de sus días mientras vagaban por los corredores interminables. Hay otros que aseguran haber encontrado otra Puerta, pero ninguno la recordaba. El rey no tiene ningún inconveniente en contarnos lo que sabe, así que algunos le preguntamos cosas. Ahora, mientras estoy tranquilamente sentada en esta sala (ya me he comido tres melocotones), no puedo evitar pensar en algunas de las más inquietantes o esperanzadoras que nos ha explicado.

Las Puertas misteriosas, esas que no debemos encontrar, son las Puertas del Infierno; y la prueba de ello está precisamente en que quienes aseguran haberlas encontrado no consiguen recordar nada. Eso se debe a que la mente humana está diseñada para protegerse a sí misma, rechazando todo aquello que no puede asimilar. Por supuesto, si hacemos un esfuerzo de la voluntad, podemos quebrar esa resistencia. En realidad hay muy pocas cosas que el ser humano no pueda hacer, fuera de los límites de la carne. Pero no es aconsejable, porque las barreras mentales están ahí para proteger a la mente de sí misma; y es peligroso romperlas.

¿Será eso lo que me pasó a mí la última vez? ¿Tan terrible era aquella bestia que mi memoria se niega a registrar mi encuentro con ella?

No, ahora no debo pensar en esas cosas. Algunas criaturas parecen sentirse atraídas por el miedo; y yo quiero poder dormir.

Estoy tan... cansada...

* * *

He tenido un sueño tranquilo, cosa rara en el Laberinto; y la sala no ha cambiado mientras dormía, algo aún más extraño.

Pero el despertar me lo compensa con creces: nada más abrir los ojos, lo primero que veo es una mirada encendida de un furioso color fuego que se inclina hacia mí. Ni el más valiente entre los valientes puede evitar gritar en esta situación. Aparto al ser de un empujón y aprovecho los segundos de ventaja para desenvainar la espada. Ahora que lo tengo a un par de metros de distancia puedo ver con claridad a una de las criaturas más espantosas que he tenido la desgracia de encontrarme aquí. He visto quimeras, mantícoras, insectos gigantes y hasta monstruos inverosímiles en estos pasillos; pero las criaturas que más repulsión me provocan son precisamente las de aspecto más humanoide, como los espectros, los demonios y los muertos vivientes. En este caso, como no, un strigoi. Uno se preguntaría que miedo puede causar un hombre especialmente feo con la piel lívida, las orejas puntiagudas, los ojos como dos bolas de rubí y la boca especialmente grande llena de dientes largos y afilados; en todo caso podría provocar cierta repulsa, pero no verdadero miedo. Pero quienes piensan eso es porque nunca se han enfrentado a uno: esos movimientos inhumanos y esa mirada ávida y vacía ponen los pelos de punta.

Pero yo no estoy en tesitura de preocuparme por elementos tan poco

relevantes como la estética: lo que a mí me preocupa es que un strigoi significa muchos; y esta vez no me va a bastar levantar instintivamente la espada para salir del trance ¡Menuda manera de darle a uno los buenos días!

Gracias a Dios, se me ha entrenado para reaccionar con cierta frialdad en momentos de presión; y he dormido bien: antes de que el monstruo pueda gritar para avisar a los demás le lanzo un tajo firme al cuello, y el cuerpo se deshace en cuestión de segundos.

Casi me falta tiempo para dar unos tragos de agua y comerme un último melocotón antes de escapar por el corredor más luminoso. Esta vez todo parece ir bien. Parece. Porque en el Laberinto, cuando algo parece que va bien es porque en cualquier momento puede ir fatal.

Si quiero buscar tranquilamente la Puerta no puedo estar centrada en intentar escapar de una jauría de demonios sedientos de venganza. La Puerta no se encuentra por accidente, es necesario buscarla o que aparezca en el momento en que el Laberinto quiera. Si quiero avanzar, tengo que deshacerme de los strigoi; o, al menos, asegurarme de que no me van a perseguir.

Salgo del pasillo luminoso y entro en otro en penumbra. Es bastante intrincado; pero hay una antorcha en cada tramo, de modo que está lo suficientemente iluminado como para no parecer demasiado amenazador. Sin embargo, tampoco puedo sentarme a idear una estrategia militar en él, porque en cualquier momento puede aparecer cualquier criatura y no me daría cuenta hasta que no la tuviera encima. Es una de las desventajas de vagar sin rumbo por un Laberinto cambiante: uno nunca sabe dónde puede sentarse a pensar con una relativa tranquilidad. Lo único que se me ocurre es seguir caminando, hasta encontrar un sitio que me parezca adecuado, y preparar una emboscada. Y el único lugar que reuniría esas condiciones sería un túnel estrecho y sin salida, lo suficientemente oscuro como para que este tipo de seres se atreviera a entrar en él. O tal vez una sala cegada que diera a un pasillo de estas características.

Mientras estoy sumida en estas meditaciones, doblo una esquina y empiezo a sentirme... extraña.

Siento una presencia. No es una presencia maléfica en esencia, pero tampoco benéfica; y eso hace que la idea resulte aún más inquietante. Porque los únicos seres que poseen una voluntad enteramente libre para elegir entre el bien y el mal son los humanos, y el único hombre vivo que pulula en estos momentos por el Laberinto soy yo. Esa es otra de las normas no escritas del Laberinto: el caminante que en él se encuentra siempre está sólo consigo mismo. Aunque hubiera en alguna parte del Laberinto otra persona en la misma situación que él, enfrentándose a la misma prueba que él o incluso buscando al mismo enemigo que él, no se encontrarían nunca.

Entonces, si hay otro ser humano cerca de mí, no es un ser humano vivo. No por nada cuenta la leyenda que este lugar es la antesala del Más Allá. No es que le tenga miedo a los muertos. Sé perfectamente que yo misma soy infinitamente más peligrosa que ellos; pero su presencia me turba.

Son tan impredecibles como puede serlo cualquier hombre vivo, y están desprovistos de los límites que les impone el tener un cuerpo. Aunque tal vez tampoco sea eso lo que me inquieta.

De pronto, un viento frío recorre el pasillo. Una brisa gélida y suave como un suspiro que apaga, una tras otra, todas las antorchas. Y me quedo de nuevo completamente a oscuras por unos instantes.

Unos segundos después, una especie de niebla empieza a entrar en el corredor. Por las junturas de la piedra, del suelo, del techo y de las paredes, por el extremo opuesto del pasillo, salida de la nada. Una neblina con un resplandor que no ilumina pero que me permite verla en la oscuridad, como el brillo frío y opaco de un glaciar.

No cabe ninguna duda. Se trata de un espectro.

Aunque hubiera querido huir, no hubiera podido: el horror vago que se desliza poco a poco por mis venas como un narcótico me mantiene clavada al suelo, contemplando fascinada cómo la siniestra bruma va tomando forma y adopta un aspecto humano. Una cara conocida.

Siento una punzada de dolor en el corazón, que se me encoge y se estremece.

Es el capitán de mi guardia.

Los ojos se me llenan de lágrimas, y la voz me tiembla cuando intento hablarle.

— ¡Capitán! ¿Cómo? ¿Por qué?

Él me mira, con los ojos extraviados y una expresión dubitativa, como si no me conociera. Al cabo de unos instantes, aparece en sus rasgos un sutil gesto de reconocimiento, y me saluda con una reverencia.

— Mi señora —responde. Por extraño que parezca, su voz suena tan enérgica y resuelta como en vida—. La última vez que os vi estabais radiante y llena de vida ¿Cómo es que ahora estáis recorriendo las moradas de la Muerte?

— Lo mismo me gustaría preguntaros, capitán.

— Soy más viejo de lo que parezco. Mi corazón, simplemente, ya no podía latir más. Me he quedado dormido durante la guardia nocturna y no despertaré hasta el Día del Juicio.

Entonces, ha muerto de muerte natural y sin dolor. Se lo merecía: siempre ha sido un buen hombre. Sólo lamento haberlo visto por última vez en este estado en que me encuentro ahora.

— Yo estoy viva aún. Estoy buscando la Puerta del Laberinto.

— ¡Ah! Eso lo explica todo —su semblante se ensombrece—. Pero no es buena señal.

Escudriña mi rostro. Y de pronto tengo la impresión de que puede leer en mis recuerdos, de que podría, si quisiera, saberlo todo sin necesidad de preguntarme.

— No. No lo es. Sois demasiado joven, mi señora. Joven, alegre y de corazón llano y sincero. Si nuestro señor te ha enviado al Laberinto es porque ha ocurrido algo realmente grave.

Silencio.

Su mirada me traspasa. Es una mirada triste, acusadora, que no puedo soportar.

— ¿Qué habéis hecho?

¡Siento que el corazón se me va a parar!

Otra vez ese dolor. Creía que el rey me había curado con su perdón, pero la espada de hielo ha dejado una profunda cicatriz en mi alma que, a veces, palpita de nuevo sin previo aviso. El Sello Real cuelga cerca de la herida, y emite su calor suave como esperando aliviarme... pero no lo consigue.

El capitán, inteligente e intuitivo como siempre, también puede leer mi silencio.

— Si él os ha perdonado, ¿Quién es nadie para juzgaros?

— Yo.

— Ni siquiera vos, mi señora. Agradeced el perdón real, que es más de lo que ninguno de nosotros podría esperar en vida.

— Lo agradezco. De lo contrario, hubiera muerto. Pero no me basta.

¡Ojalá no hubiera nacido! Es mejor no existir que existir así.

— Ya no estoy a vuestro servicio, así que me puedo permitir reprenderos.

¡No volváis a hablar así! ¡Nunca! La vida es un don precioso. Es una oportunidad para ser más feliz de lo que se puede llegar a soñar jamás.

— Y también para ser más desdichado de lo que jamás se pueda temer.

— Cierto. Pero si vuestro destino fuera ese, el rey no os habría hecho venir aquí. Pensad en ello. Debe haber una razón por la que os haya concedido esta oportunidad. Ahora, tengo que irme. Yo ya he encontrado la Puerta por última vez, y tengo que cruzarla. Nos veremos al Otro Lado... cuando os toque venir.

Se deshace de nuevo, como si el viento lo dispersara.

Las antorchas vuelven a encenderse.

Estoy sola de nuevo, en el corredor iluminado.

Pero no he escapado indemne de este encuentro. El instinto me decía que hacía bien en temer un encuentro con los muertos, y no le faltaba razón: mi viejo capitán, una sombra del Mundo, parece haber bajado aquí con el único objetivo de reabrirme las heridas.

No puedo pensar en los strigoi que me persiguen... no puedo pensar en mi plan... no puedo pensar absolutamente en nada. Sólo puedo pensar en aquel crimen que cometí, y preguntarme cómo es posible que hiciera algo así. Es como una pesadilla, una pesadilla de la que no puedo despertarme, que me persigue, me atrapa y me arrastra. Quiero alejarme de ella... pero no puedo. Lo hice. No sé qué locura se apoderó de mí en ese momento, pero lo hice.

El suelo tiembla, y la vibración se extiende por las paredes hasta llegar al techo. Es un terremoto que parece estremecer todo el Laberinto, y tengo la sensación de que se va a derrumbar sobre mi cabeza. Pero no: por una vez, el Laberinto parece tener alguna piedad de mí. La pared a mi izquierda se abre, ladrillo a ladrillo, dejando ver un hueco por el que puedo pasar.

Es una sala amplia y luminosa, mucho más luminosa que el pasillo donde he estado. El pasillo la atraviesa limpiamente y continúa perdiéndose en la oscuridad por el otro extremo. No hay ninguna salida más. En medio de la sala hay una fuente pequeña,

de aguas claras, que canta una melodía hipnótica, fresca y suave. Es un susurro tranquilizador, y ahora el corazón me duele menos.

Ahora que puedo pensar con más claridad, puedo mirar a mi alrededor e inspeccionar la sala. Aunque tiene la misma atmósfera pesada, seca y lúgubre que el resto del Laberinto, es hermosa, con las columnas bellamente labradas, una cúpula estrellada y un ciruelo en un rincón. Me como unas cuantas ciruelas para recuperar las fuerzas.

Estoy muy cansada. Pero justo cuando estoy empezando a pensar en echarme a dormir, siento un violento escalofrío recorrerme la espalda; y mi cuerpo se pone automáticamente en guardia.

Están aquí.

Ha llegado el momento.

Siento un viento helado que se acerca, silenciosamente. Y espero... espero...

Ahora puedo sentir claramente su presencia: vienen siguiéndome por el pasillo que acabo de utilizar; y son un grupo bastante numeroso.

Sigilosamente, me deslizo hasta la puerta y me quedo en silencio junto a la pared, conteniendo la respiración. Están cada vez más cerca.

Desenvaino la espada.

Y les salgo al paso.

Al menos una decena de pares de ojos rojos refulgentes me observan desde la oscuridad. Antes de que pueda siquiera respirar hondo para recuperarme de la impresión, el primero de ellos se abalanza sobre mí. Pero el pasillo es lo suficientemente estrecho como para que no puedan acercarse a mí más que de uno en uno, de dos en dos a lo sumo; y la batalla no dura demasiado. En algún momento, uno de ellos intenta sujetarme por la espalda para que para que sus compañeros acaben conmigo. Su tacto es tan repugnante que me provoca arcadas, pero no tengo tiempo de pensar en eso: lo aferro por el brazo y lo lanzo sobre sus otros compañeros. Eso le salva la vida, porque mientras se repone del golpe todos los demás continúan con el ataque, y al final solo queda él. Alza la vista para mirarme, bastante amedrentado.

— ¿Qué? —le pregunto yo—. ¿Quieres más pelea o me puedo ir ya?

Se levanta y sale corriendo. No ha conseguido acabar conmigo estando acompañado, y no va a atacarme estando sólo; así que yo no voy a perder el tiempo persiguiéndolo. Los suyos me van a temer y odiar mientras existan, y me van a atacar siempre que me encuentren; pero tienen la suficiente inteligencia como para saber qué pueden hacer y qué no: si tienen noticias negativas del resultado de la escaramuza tardarán un tiempo en organizar otra partida para darme caza. Les he bajado los humos por una buena temporada.

Ahora, tengo sueño... tengo que dormir... y esta sala parece tan cómoda...

* * *

No sé qué es lo que me ha ocurrido mientras dormía. Tal vez haya sido el encuentro que tuve ayer con el capitán, o el ataque de los strigoi. Pero, al despertar, vuelvo a sentirme extraña.

¿He caminado en sueños o el Laberinto ha vuelto a cambiar mientras dormía?

No lo sé. Tal vez nunca llegue a saberlo.

Lo que importa es que, al despertar, el lugar donde estaba no era la pequeña salita donde me había echado a dormir.

Ahora estoy en un pasillo, pero mucho más amplio que los que estoy acostumbrada a recorrer, y más luminoso. La pequeña fuente se ha convertido en todo un monumento de piedra pulida de dos tazas que se derraman la una en la otra, y el agua es como plata cristalina que cae en un espejo de obsidiana, donde se reflejan los destellos de fuego de las antorchas.

No sé por qué, y suena raro que diga esto de un Laberinto cambiante, pero estoy convencida de que ya he estado aquí antes. El pequeño ciruelo que me proveyó de mi cena (llamo así a esa comida por llamarla de alguna manera) es ahora un parra cubierta de racimos de uvas. Tomo unos tragos de agua, cojo un racimo de tamaño mediano y comienzo a caminar de nuevo, mientras voy comiendo. Pero estoy comiendo sólo porque sé que necesito algo en el estómago para mantenerme en pie y poder buscar la Puerta; porque mi cuerpo parece rechazar la fruta, y me siento como si estuviera comiendo tierra.

No sé qué me ocurre; porque antes de echarme a dormir me encontraba más o menos bien. Pero ahora me duele el pecho; y una parte de mí espera que, en cuanto doble la próxima esquina, me encontraré uno a uno con todos los espectros de todas las personas a las que he conocido, conozco y conoceré, dirigiéndome la misma mirada acusadora que mi capitán. Las uvas tienen un aspecto delicioso, pero me saben a polvo; y el frescor del agua se me ha hecho hielo en el cuerpo. Hasta la llama del Sello Real parece buscar herirme, quemándome la piel como el agua bendita quemaría a un demonio.

Doblo una esquina, luego otra.

Estos pasillos parecen mucho más señoriales, más anchos y con las columnas más decoradas; y el aire no parece tan seco. Quizás tenga algo que ver con que de vez en cuando aparece una planta trepadora como una enredadera o una cascada de jazmines cubriendo la pared de una sala, o una fuente creciendo en mitad de otra. Una casi esperaría que la luz del sol entrara por algún resquicio entre los sillares de piedra, aunque están tan bien ensamblados y en un estado tan perfecto que sería imposible que una corriente de aire pudiera pasar entre uno y otro.

Sí, son pasillos amplios y hermosos. Pero no me produce ningún placer contemplarlos. A cada segundo tomo más conciencia de las razones por las que estoy en ellos, y siento un deseo desesperado de arrancarme del cuello el Sello Real, lanzarlo lejos y esconderme en el rincón más oscuro para morir allí. La herida se me reabre, y voy dejando un rastro de sangre en el suelo mientras me arrastro en mi agonía, suplicando que alguien me remate para dejar de sufrir.

Ya no sólo es la cicatriz la que siento arder. Es todo el cuerpo. La sangre se me ha convertido en fuego; y los labios me saben a ácido.

Otro pasillo amplio y hermoso. Otra sala de bellas proporciones, con las

columnas ricamente labradas con hojas de acanto y lirios abiertos.

Ácido. Hiel amarga.

¿Cuándo he notado antes este sabor?

De pronto me viene a la mente una escena, como un grito de alarma de la memoria: me veo a mí misma sentada en mi cama, cubierta de sudor y pálida como un cadáver, mientras el rey me pasa una copa de plata.

Un vértigo. El mundo parece deshacerse a mi alrededor como una acuarela que alguien ha tirado al agua. Me dejo caer al suelo, temblorosa, buscando el frescor de la piedra.

¡Me han envenenado!

Pero ¿Cuándo?

La última vez que vine.

El veneno ha estado desde entonces en mi cuerpo, aplacados los efectos por el antídoto que me había dado el rey; y ahora está cobrando fuerza.

No lo entiendo, no he vuelto a tener contacto con aquel monstruo. A menos que...

A menos que ese veneno sea en realidad la oscuridad horrible que me corroe el alma desde que cometí aquel delito atroz.

No fue la criatura la que me envenenó, ni la que me ha envenenado ahora.

Yo me he envenenado a mí misma.

Lo único que ha hecho esa criatura, no entiendo cómo, ha sido destruir las defensas de mi cuerpo que mantenían a raya la ponzoña e impedían que me perjudicara.

Por eso el Sello Real me hace daño en lugar de mantenerme a salvo.

Por fin lo habéis entendido.

Esa voz salida de ninguna parte me deja paralizada durante unos segundos. Es una voz dulce, y el ser que ha hablado, lo que quiera que sea, suelta una carcajada suave y aguda, argentina, casi infantil.

Ofuscada por los efectos del veneno, levanto la vista. Delante de mí hay dos niños sin edad, cogidos de la mano. Su piel y sus ropas parecen emitir un resplandor plateado, como la luz de la luna; y me miran con sus ojos de color fuego con una expresión ultraterrenal en el rostro. No sé cuál de los dos es el que me ha hablado.

Por fin lo habéis comprendido. Es la maldad que lleváis dentro lo que os ha estado matando, desde el principio. El Sello Real es opuesto a ella; y por eso la rechaza.

Son tan parecidos que parecen la misma persona que se hubiera desdoblado. Pero el que me ha hablado tiene un aspecto extrañamente frío, mientras que el otro tiene un semblante melancólico, casi soñador.

La maldad que lleváis dentro... si fuerais una buena señora no tendríais que preocuparos por ella. ¿Cómo es que ha llegado a enfermaros así?

Sus voces suenan a campanillas de plata, pero se me clavan en el cerebro como un puñal. Ellos no parecen darse cuenta, y continúan hablando. Es como si estuvieran conversando entre ellos en lugar de conmigo.

Tal vez en realidad no es una buena señora.

Tienes razón hermano... no lo es. ¿Has oído lo que ha hecho?

Me miran de nuevo. Sus ojos tienen esa mirada... esa mirada en la que

veo reflejados todos mis demonios internos. Esa mirada cristalina y fría, límpida y llena de desprecio. Ángeles mirando a una serpiente que intenta trepar por la falda de su túnica. La cabeza me pesa como si hubiera ingerido un narcótico, y tengo el cuerpo agarrotado: el veneno se va cobrando mi vida lentamente.

Nunca, nunca hubiera creído eso de ella. Siempre se ha comportado como una señora magnánima, de corazón puro. Deberíamos habernos dado cuenta de que en realidad era sólo una máscara para su perversidad. Tal vez cometimos un error. Tal vez nos equivocamos con ella. ¿No crees? ¿Crees que hicimos bien confiando en ella? Es lo suficientemente inteligente como para engañarnos a todos.

No sé qué son estos seres. Sé que no son humanos, porque de lo contrario no podrían estar aquí. Aunque... quien sabe. Igual soy yo la que no es humana. O igual me estoy volviendo loca, y por eso me parece que estos seres están hablando ahora con la voz de mis padres. ¿De verdad es el veneno lo que me está haciendo delirar o estoy viendo las cosas como realmente son por primera vez en mi vida?

¡Nosotros confiábamos en ella! ¡Estábamos tan convencidos de que sería una buena persona! Nos equivocamos... perdónanos majestad. ¡No tenemos ninguna hija! ¿Quién es esa mujer que se atreve a entrar en nuestra casa y a llevar nuestra armadura? ¡Echadla que aquí, y que devuelva lo que ha robado!

Son mis padres, los reconocería en cualquier parte. Quiero decir: sé que no son ellos, pero sé que eso es lo que ellos dirían si se enterasen de lo que hice. ¡Ay, ojalá en el momento en que se me ocurrió aquella diablura hubiera pensado en ellos! Pero no lo hice, y aquí estoy... arrojada a los pies de mis jueces, escuchando mi sentencia. Yo cometí aquel crimen. No sé por qué lo hice, no entiendo como pude siquiera pensar en hacerlo. Pero lo hice. No puedo ni debo negarlo; y mi conciencia es como una lápida que desploma sobre mí y me aplasta. Cada vez me cuesta más respirar, la vista se me nubla y la oscuridad me envuelve poco a poco. Una oscuridad más negra que una noche sin luna, una oscuridad con sustancia propia que me invita tentadoramente a hundirme en ella, a perderme en ella y no volver a salir nunca más.

Y lo peor de todo es que nadie lo sabe. Nadie sabe lo ruin, lo cruel, lo retorcida que es esta mujer. Tiene criadas que la adoran, su guardia daría la vida por ella. Tiene amigas y pretendientes. Hasta los campesinos que trabajan sus campos se destocan en su presencia de buen grado. ¡Todos creen que es una buena persona, y nadie va a saber nunca que en realidad tiene el corazón podrido!

Y es cierto.

Eso es lo que más me atormenta. Soy un monstruo con la piel de una doncella, y nadie lo sabe... mis seres queridos no saben que la persona a la que quieren no es quien dice ser. Tendré que pasar todos los días de mi vida mirando sus sonrisas, aceptando sus besos y sus abrazos... que me quemarán como el fuego en el alma. Derrocharán su cariño sin saber que no lo merezco. Pasaré por el mundo viviendo una mentira.

La herida se ha reabierto, y noto otra vez la espada de hielo atravesada

en el pecho mientras la sangre me resbala por el cuerpo y empieza a anegar el suelo.

Pero no me muero.

¿Se ha equivocado el rey al admitirla a su servicio? Después de todo ¿Quién sabe realmente lo que piensa el rey? Es posible que su destino sea malograrse y caer en la oscuridad. Es posible que haya nacido para ello y no pueda hacer otra cosa más que el mal. Incluso es posible que, aun cuando creía estar haciendo el bien, sólo estuviera causando dolor inconscientemente a todos los que la rodeaban. ¿Es posible que sea dañina por naturaleza?

¡Deberías haber muerto! ¡Deberías pagar por tu crimen! Tú no eres mayor ni mejor que nadie. Si la ley es la muerte, deberías morir. Sería lo mejor para todos.

Es cierto. Soy una decepción, un fracaso. Un aborto ¿Por qué no me arranco el corazón del pecho para que deje de latir de una maldita vez? Quiero morirme. Quiero dejar de existir. Quiero dejar de ser yo.

En realidad, todo sería mejor sin ti. Tus hermanos heredarían las tierras de tu familia, y tu rey no tendría que avergonzarse de ti. Y tampoco existiría todo el dolor que has causado. Tus hermanos nunca hubieran cometido semejante atrocidad, así que todo estaría bien ahora. Pero no: tuviste que ser tú, que estás llena de maldad, la deshonra de tu casa y de tu patria, un error de la naturaleza cuya existencia se tolera para que el sufrimiento que ocasiona redima a otros.

Maldito sea el día en que mis padres me concibieron. No importa lo que dijera el capitán... no merezco vivir. La vida debería ser buena... pero para mí es una maldición. Para mí y para los que han tenido la desgracia de conocerme y llegar a quererme; porque si fuera una maldición solamente para mí sería capaz de soportarla. Pero no. Mi único ser es hacer daño, no puedo hacer nada bueno por mucho que lo desee... por muy buenas que sean mis intenciones, todo lo que haga se malogrará. Estoy maldita. Estoy sucia desde el momento en que se decidió que viniera a la existencia. ¿Y cómo es que llevas en el cuello el Sello Real? ¡Quítatelo! ¡Lo estás ensuciando!

¡Devuélvelo y parte hacia las tinieblas infernales de las que procedes y no deberías haber salido!

Es curioso, pero mi cuerpo parece haber recuperado las fuerzas; como si, una vez que hubiera reconocido ante mí misma mi verdadero ser, el veneno me fortaleciera en lugar de destruirme. Con una energía que me sorprende hasta mí, me arranco el Sello Real del cuello.

¿Cómo es posible que el rey, que me conoce casi mejor que yo misma, que sabe lo que he hecho, que sabe lo que soy, me haya dado esta joya tan preciosa? Si realmente me conociera nunca se le hubiera ocurrido dármele, ni mucho menos pedirme que la llevara.

Espera.

El rey es el único que sabe lo que he hecho. Y sin embargo, ha sido él quien me ha ordenado que la trajera, que me la pusiera. ¿Acaso lo hizo sabiendo que me haría sufrir, que me quemaría la piel y el corazón con su roce; y me dijo que la llevara a modo de castigo?

No. Poder ponerse el Sello Real es un honor, un auténtico privilegio. No puede ser un castigo.

Entonces... ¿Me lo ha dado porque me tiene en estima? ¿Cómo puede ser? Si es así... si el rey aún confía en mí... tal vez haya algo en mí que aún merece la pena. Tal vez puedo hacer algo bueno de verdad. Tardaré toda una vida en recuperar lo que he perdido por mi propia estupidez, por supuesto; pero la vida es lo suficientemente larga como para que empezar de cero merezca la pena. Es posible que no pueda volver a gobernar mis tierras, ni a comandar a mis soldados; pero ellos no querrían saber nunca que he renunciado a vivir por ello. Mis padres se sentirán decepcionados cuando sepan lo que he hecho, pero no podrían soportar mi muerte. Nadie querrá casarse conmigo, desde luego; pero siempre es posible que alguien pueda llegar a quererme algún día. Es posible incluso que deba servir como esclava a quienes he agraviado para pagar mi deuda. Pero si el rey me ha perdonado, es que mi deuda se puede saldar; y si hubiera preferido la muerte a intentar saldar mi deuda lo hubiera vuelto a defraudar.

Alguien confía en mí todavía; y por eso aún me queda esperanza.

Me levanto del suelo y encaro a los extraños niños, que me miran con los ojos relucientes de rabia y odio.

— ¿Quiénes sois vosotros para decidir si debo o no llevar el Sello? Me lo ha dado el rey, y sólo él me lo puede quitar. ¡Y no lo ha hecho! Aunque sabe mejor que yo que soy un fracaso como hija, como señora, como sirvienta y como persona... me ha perdonado, y ha confiado en que podía encontrar la Puerta correcta y salir de aquí. No sois vosotros quienes podéis quitarme eso.

La oscuridad que me envuelve se quiebra en mil pedazos y se desvanece. De pronto, el mundo recupera su firmeza, y yo vuelvo a sentirme despejada. El hechizo se ha roto: las extrañas criaturas con forma de infante que tengo delante de mí tendrán que recuperar su aspecto original.

Sus espaldas se unen; y empiezan a crecer y a crecer, mientras les salen escamas irisadas en la piel brillante y sus rostros se vuelven alargados y crueles, como los de un reptil.

Ahora lo que tengo delante es un enorme dragón de dos cabezas, con los ojos sanguinolentos y las enormes bocas llenas de colmillos afilados y ponzoñosos.

Ahora sí puedo reconocer al monstruo que me derrotó la última vez que vine, que esta vez, en lugar de atacarme de frente, ha intentado debilitarme jugando con mis pensamientos, con mis miedos y mis dudas.

Ahora me doy cuenta de que todo lo que me ha dicho es únicamente lo que temo encontrar fuera del Laberinto una vez haya salido de él. Nada de lo que he oído en sus labios ha pasado aun; y, si el plan del rey funciona y consigo salir victoriosa de esta prueba, es posible que nunca llegue a pasar.

Sin embargo, no hay mal que por bien no venga: ahora lo veo todo claro y sé lo que debo hacer. Siento el Sello Real latiendo de poder en mi mano, despidiendo un calor que me sube por el brazo y se extiende por mi cuerpo. Pero ya no me hace daño, al contrario: nunca me había sentido

más fuerte.

Si esa criatura es un dragón, entonces ya sé cómo debo luchar contra ella.

Me lanza un salivazo, pero yo lo esquivo. La piedra humea y se derrite cuando el esputo la toca: era un escupitajo de lava. Pero yo ya no tengo miedo. Ni dudas. Y el dragón ya no parece tan amenazante.

Levanto el brazo con el Sello Real, que empieza a emitir una luz radiante entre mis dedos. Unos segundos más tarde, lo que empuño es una lanza dorada con un filo brillante.

Sin pensarlo dos veces, se la lanzo al dragón con todas mis fuerzas; y esta atraviesa limpiamente las escamas y se clava directamente en su corazón.

El dragón emite por ambas bocas un grito agónico y estalla en llamas. Unos segundos más tarde, el Sello Real, recuperado su aspecto de delicada joya de oro y ámbar, resplandece en un montoncito de cenizas. Me acerco para recogerlo y me lo pongo en el cuello de nuevo.

El corazón me late con tanta fuerza que lo siento retumbar en todo mi cuerpo, y noto el aire salir y entrar en mis pulmones. Nunca me había sentido así. Nunca me había sentido tan viva, ni me había puesto a pensar en lo maravillosa que es la vida. Nunca había pensado que el simple hecho de saber que alguien confía en mí y me quiere sin condición podía ser una razón para continuar tan poderosa, podía devolverle la viveza a un fuego que se apaga.

Sí, cargaré con las consecuencias de mi crimen.

Pero nunca más volveré a permitir que mis errores me hagan caer.

Aunque el mundo me aplaste, no volveré a desear no haber nacido. Me alegro de estar hoy aquí, y de haber descubierto que vivir, a pesar de todo, merece la pena. ¿Cómo he podido estar tan ciega? ¿Cómo he podido no darme cuenta antes? Quería hundirme en las tinieblas de mi propia mente, perderme para siempre en el horror de mi propia oscuridad, languidecer y perecer allí, herida de muerte por mi propia espada. Pero ahora... ahora siento que me arde el corazón. Ya no hay herida; y sólo tengo ganas de salir del Laberinto para volver a ver a mis padres y decirles cuánto siento lo que he hecho, y para recibir en mi castillo a quienes he agraviado y averiguar qué puedo hacer por ellos. Quiero despedir a mi capitán, y darle las gracias por el dolor y por la cura, porque ha sido él quien me ha ayudado finalmente a comprenderlo todo. Quiero decirle al rey sinceramente que estoy a su servicio, como siempre. Que he comprendido que la mejor

manera de vencer en un combate contra uno mismo es recordar que siempre hay alguien que cuenta con que salgamos victoriosos. Y que muchas veces no hay nada más poderoso que el simple deseo de ponerse en pie tras haber caído.

¿Qué es eso que hay ahí enfrente?

¡Es una Puerta!